



Revista de Fomento Social, 47 (1992), 3-9

1992: Escuchar a América Latina

Todo ha sido dicho ya sobre el 92. Sin embargo, la polémica celebración del V centenario proporciona una ocasión para reflexionar sobre la realidad y las perspectivas del continente latinoamericano. La Revista de Fomento Social desea unir su voz a tantas otras, intentando evitar el triunfalismo y el etnocentrismo, con el deseo de acercarse a los que procuran contemplar la realidad en función de los intereses definidos "desde el otro lado" del Atlántico. Ciertamente son los latinoamericanos quienes más tienen que decir en esta efemérides; son ellos los que mejor pueden aportar el sentido, si lo hubiere, de estas celebraciones. Con el deseo precisamente de escucharles, hemos incluido algunas de las colaboraciones del presente número. Y si escucharles habría de ser nuestra principal preocupación, las reflexiones que siguen sólo pretenden disponernos y motivarnos para que esa escucha sea más auténtica.

Consejo de Redacción

Un nuevo contexto mundial

Cualquier consideración sobre las perspectivas actuales del subcontinente latinoamericano debe partir de la nueva situación mundial, que adopta formas absolutamente inéditas tras la caída de los regímenes comunistas del Este y tras la Guerra del Golfo con todas sus implicaciones.

EDITORIAL

A este respecto, los crecientes temores a una hegemonía mundial de los Estados Unidos de América, alumbrando un sistema internacional que algunos han llamado ya "uniglobalista", pueden estar fundados *en el terreno militar* y geoestratégico. Esta circunstancia cambia radicalmente las perspectivas -al menos a corto plazo- que hasta muy recientemente se tenían de una solución de tipo socialista e incluso revolucionaria, en particular para algunos países latinoamericanos.

Sin embargo esa indiscutible hegemonía norteamericana no puede afirmarse sin más *en el terreno económico*. No hay que olvidar que los EE.UU. padecen en la actualidad una crisis económica profunda, basada en desequilibrios estructurales, no coyunturales, de su economía y que a nivel mundial -en el terreno económico- es cada vez más clara la existencia de una multipolaridad, por la presencia de una Europa cada vez más fuerte e integrada y un Japón con influencia creciente en la cuenca del Pacífico.

América Latina en los 90: más "democracia", más pobreza

La década de los 90 ha comenzado para América Latina marcada por cambios fundamentales en lo político, con respecto a la década anterior. Se han producido indudables avances en la instauración de procesos democráticos más o menos estables en una serie de países que habían padecido durante mucho tiempo regímenes autoritarios, dictatoriales o militares (los tristemente famosos regímenes "de la seguridad nacional"). Incluso en El Salvador se han producido acuerdos de alto el fuego que son un primer paso hacia la paz, aunque aún falte mucho para que esta paz se fundamente en la justicia. Ciertamente, son frecuentes los casos en que estos procesos conducen más a democracias cosméticas que reales, pudiendo enmascarar situaciones de falta de auténticas libertades. No pueden considerarse precisamente ejemplares situaciones políticas como las de Perú, Guatemala, Colombia, Haití, Paraguay, el mismo Brasil, etc.

La cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de Guadalajara puede haber significado un hito histórico en este sentido y despierta sólidas esperanzas de que el subcontinente camine hacia un horizonte de democracia y más sólidas garantías para los derechos humanos. En ese panorama, la "excepción cubana", último bastión de una utopía por lo visto hoy irrealizable, destaca por su total aislamiento, y no es de prever que tarde mucho en dejar de serlo.

Sin embargo, en lo económico, lejos de despegar, el subcontinente ha conocido, en general y salvando algunas excepciones, un inequívoco proceso de estancamiento cuando no de retroceso. Más allá de la frialdad de las estadísticas -se podrían acumular innumerables- este fenómeno lleva consigo la depauperación de ingentes masas populares. Estas incluso han visto agravarse su situación, debida a problemas estruc-

turales, al compás de los planes de ajuste impuestos por las instancias financieras mundiales, en particular el Banco Mundial y Fondo Monetario Internacional (FMI), sobre todo desde el desencadenamiento de la crisis de deuda externa. Todo ello sin olvidar las actuaciones erróneas o irresponsables de los gobiernos y de las oligarquías locales.

Para 1990 algunas estimaciones cifraban en 183 millones el número de latinoamericanos que se encontraban en situación de extrema pobreza, 71 millones más que en 1970. La revista TIME llega a afirmar recientemente que, de los 451 millones de latinoamericanos, el 70% viven en situación de pobreza.

Según la CEPAL (Comisión Económica para América Latina) el Producto Interior Bruto por habitante cayó en la década de los 80 un 9,6% por término medio. La presencia amenazante y real del cólera en aquellas tierras es quizás el más expresivo y trágico símbolo de la problemática social y humana de América Latina.

En este marco de pobreza, la deuda externa -cifrada actualmente en unos 420.000 millones de dólares- es la hipoteca más insoportable que pesa sobre estos países. Cada latinoamericano soporta por término medio una deuda externa superior a su renta per capita. A este respecto, la actitud de los acreedores no puede ser más contradictoria: con su proteccionismo a ultranza están impidiendo que los países deudores exporten a buen precio y puedan pagar los intereses de la deuda. En una palabra, es el mundo desarrollado quien está condenando a las naciones endeudadas a una crisis financiera perpetua.

Por otra parte, la solución que consistiría simple y llanamente en no pagar la deuda, aunque pudiera considerarse justificada, puede significar de inmediato la imposibilidad para esos países de conseguir nuevos créditos de las instancias financieras internacionales.

En resumen, los pasos hacia la democratización y el reconocimiento de los derechos humanos parecen seguir un modelo claramente establecido -insistimos, con todo lo que ello pueda implicar de mero "lavado de cara"-; no ocurre lo mismo en lo que se refiere a la superación de las gravísimas dificultades económicas que atraviesa América Latina.

La derrota electoral del sandinismo en el pequeño y simbólico país nicaragüense, en cuyo proceso revolucionario tantos habían puesto la esperanza de una realización de la justicia y la solidaridad, incita a muchos a pensar que pasó la era de las utopías. En efecto, nos encontramos en un mundo dominado hegemoníamente por "un modelo sin utopía", que funciona por cierto sólo en los países ricos. Entre tanto, la utopía de la justicia y la cobertura de las necesidades básicas en los países pobres, no ha pasado de ser, a pesar de los intentos revolucionarios, una "utopía sin modelo".

La iniciativa Bush por las Américas

No creemos que en el momento presente sea posible reflexionar sobre la coyuntura latinoamericana sin referimos a esta famosa iniciativa. Anunciada por el presidente George Bush el 27 de junio de 1990 -antes, no conviene olvidarlo, de desencadenarse el conflicto del Golfo-, los puntos fundamentales de la misma son:

- a) la creación de una zona de libre comercio en todo el continente americano (comenzada ya en el Norte con la NAFTA: North American Free Trade Area);
- b) la promoción de las inversiones en los países latinoamericanos;
- c) la reducción de la deuda bilateral de América Latina con EE.UU.

Estas posibles acciones deberán ir acompañadas -es condición "sine qua non"- de medidas de ajuste interno tendentes a la estabilización económica, y que son muy duras para las poblaciones afectadas, como las que ya vienen impulsando el FMI y el Banco Mundial.

Muchos han recordado a este propósito el precedente del Plan Marshall. Pero no conviene olvidar una diferencia importante. La actual Iniciativa para las Américas no implica, al menos hasta ahora, ayudas financieras masivas, como ocurrió con el Plan Marshall. El acento se pone más bien en abrir el camino para la creación de una zona americana de libre cambio.

Las lógicas reticencias que despierta esta iniciativa -de las que se hace eco, por ejemplo, Xabier Gorostiaga en el artículo que se incluye en este número- se basan en el fundado temor de que el resultado final sea la consolidación de un colonialismo aún mayor de EE.UU. sobre todo el continente. O que EE.UU. busque esencialmente la expansión de sus mercados hoy en crisis por la competencia europea y japonesa. No hay que olvidar, a este respecto, que lo mismo trataban de conseguir los EE.UU. en la Europa de finales de los años 40, como expresamente lo indicó el propio Marshall al anunciar su plan.

A pesar de estas críticas, que son razonables, creemos que existe el peligro, en ciertas tomas de posición con fuerte componente ideológico, de rechazar toda posible solución que no sea ideal, cayendo quizás en un maximalismo de tipo "numantino".

Por otra parte, el Plan Marshall triunfó en Europa porque los países que recibieron la ayuda cumplían las condiciones estructurales, institucionales y culturales necesarias (unos mercados de bienes y dinero bien integrados, unas redes de transporte muy desarrolladas, una mano de obra educada y cualificada, una motivación para el éxito, una burocracia estatal eficiente etc. etc.) para que las inversiones generasen unos niveles de producción más elevados. Esas precondiciones, sin embargo, faltan en América Latina; y no son fáciles de instaurar en un plazo suficientemente breve como para que el plan dé frutos inmediatos.

La CEE, España y América Latina

Las relaciones entre la CEE y América Latina han mejorado considerablemente en su dimensión política, sobre todo si tenemos en cuenta el bajísimo punto de partida que supuso la guerra de las Malvinas. Desde su adhesión, España ha contribuido decisivamente a ese deshielo político y a la promoción de iniciativas de diálogo político. Especialmente significativas, por su repercusión efectiva sobre los procesos de pacificación en aquella zona, han sido las mejores relaciones CEE-Centroamérica.

Sin embargo, desde el punto de vista económico, América Latina ocupa de hecho un papel secundario en los objetivos de la CEE, mucho más centrada por tradición en los países del Tercer Mundo pertenecientes al área llamada ACP (África, Caribe y Pacífico). A pesar de los esfuerzos diplomáticos españoles en Bruselas, las relaciones comerciales entre la CEE y América Latina siguen siendo marginales. El mercado latinoamericano sólo absorbe alrededor del 4% de las exportaciones comunitarias fuera de la CEE, quien, a su vez, sólo importa de América Latina en torno al 6% del total de sus importaciones extra CEE.

En el caso español, también las cifras son elocuentes, aunque superan en gran medida a las comunitarias. España compra en América Latina sólo el 13,3% de sus importaciones extra CEE y vende a América Latina sólo el 14,7% de sus exportaciones. Ahora bien, y esto es lo que exaspera a los países de allá, se puede fácilmente comprobar que los propios intercambios comerciales entre España y América Latina se han visto frenados, o incluso disminuidos, por los condicionamientos impuestos a la economía española por la incorporación a la Comunidad, entre otras cosas por el principio de la "preferencia comunitaria" en materia de importaciones agrarias.

En relación con esta última idea están las negociaciones de la interminable Ronda Uruguay del GATT. En ellas, la CEE está jugando el papel de "mala" al resistirse a rebajar su proteccionismo agrícola -por no dejar en la estacada a sus agricultores- frente a la presión EE.UU., que paradójicamente hace causa común con muchos países del Tercer Mundo, de América Latina en particular. Una mayor apertura de los solventes mercados europeos (y el calificativo de solventes es esencial en toda esta batalla) a los productos latinoamericanos en particular, plantea sin embargo también problemas de competencia entre los propios países del Sur (esencialmente, ACP versus América Latina). Pero, si intentamos escuchar de nuevo las voces que nos llegan desde allá, esa apertura sería condición "sine qua non" para disminuir la dependencia con respecto a los gigantescos mercados norteamericanos.

Además, en el contexto geopolítico y militar mundial, dominado por la ya aludida hegemonía EE.UU., y en el marco económico multipolar (tri-polar) que parece consolidarse, es bastante obvio que Europa se seguirá volcando hacia los países ACP y que cada vez en mayor medida orientará su ayuda hacia los países del Este, tan cercanos

geográfica y culturalmente.

En este contexto, no podemos engañarnos: España por sí sola no puede jugar un papel decisivo en lo económico si no es impulsando iniciativas y proyectos de dimensión europea. Ahora bien, aunque Europa puede hacer todavía mucho por ayudar al subcontinente latinoamericano, a medio plazo, América Latina está condenada a "entenderse" con los EE.UU. Sólo cabe desear y esperar una más inteligente política de EE.UU. con aquel subcontinente que sea respetuosa con la independencia, la libertad y la autoestima de los pueblos latinoamericanos.

Este recuento de los múltiples factores que configuran la compleja realidad latinoamericana -unos internos a ella, y otros externos- que hemos intentado hacer desde la perspectiva del otro lado del Atlántico, permite comprender el eco que encuentra allá el anuncio de las celebraciones del V Centenario: suenan a vacío o a "música celestial", cuando no a consolidación y legitimación de situaciones injustas que vienen siendo arrastradas desde siglos.

El papel de la Iglesia

Pero nos queda un último factor que traer a escena: la iglesia. Su presencia en estos cinco siglos ha sido decisiva. En los detalles de esa presencia multiseccular no podemos entrar aquí. Nos basta reconocer que es una historia compleja, cargada por tanto de luces y sombras. Reconocer esta ambivalencia es un buen antídoto contra el triunfalismo, que tampoco ha faltado en ciertos ambientes eclesiales a propósito del V Centenario.

Pero también en este caso hay que situarse al lado de allá del Atlántico. Desde esa otra orilla se percibe, ante todo, cómo la iglesia latinoamericana se ha convertido en estas últimas décadas en factor de concienciación social y motor del cambio estructural. No es que este papel haya sido bien visto en todas partes: han abundado las críticas desde fuera (no está de más recordar aquí el famoso informe Rockefeller) y desde dentro (desde altas instancias eclesiales o desde las iglesias del primer mundo).

Aun contando con formas de religiosidad mal entendidas y alienantes, fomentadas por innumerables sectas y no siempre ausentes de la iglesia, es difícil negar que, en conjunto, la iglesia de aquel continente ha impulsado a los pobres de América Latina a ser sujetos de su propia historia. A través del fenómeno de las comunidades de base (tan difícil de comprender y tan arriesgado de enjuiciar desde el modelo de las comunidades de base europeas) ha contribuido a superar las concepciones individualistas del primer mundo y a despertar entre aquellas mayorías pobres una auténtica esperanza de liberación que adelante de alguna forma, ya en este mundo, la utopía cristiana de la justicia y la fraternidad.

La teología de la liberación es, al fin y al cabo, el esfuerzo de reflexión surgido de

esa nueva praxis creyente, difícil de entender para quienes no han pasado por esa doble experiencia de marginación secular y de fe (de "cautiverio") que constituye la herencia histórica recibida por millones de latinoamericanos.

Este esfuerzo, práctico y teórico, tampoco exento de ambigüedades y de errores, debe ser contado entre los activos de América Latina, por su capacidad para suscitar esa solidaridad entre los pueblos de allá que es también imprescindible para superar la pobreza.

Ojalá llegara a los países ricos el eco de estas voces -menos matizadas que las de los técnicos, economistas y políticos-, pero más cargadas de dramatismo. Y ojalá viéramos por fin cumplida aquella aspiración bellamente expresada por Rutilio Grande, jesuita víctima de la violencia en El Salvador:

"Una mesa común con manteles largos para todos, como esta Eucaristía, cada uno con su taburete. Y que para todos llegue la mesa, el mantel y el conqué".